Tomo I. Num. 12. — 89 — 15 de Abril de 1844.

LA CARCAJADA,

ENCICLOPEDIA

DE GRACIAS, SALES, CHISTES, DONAIRES Y OCURRENCIAS

DE LOS MAS CÉLEBRES ESCRITORES ANTIGUOS.

El entremetido, la dueña y el soplon.

DE D. FRANCISCO DE QUEVEDO.

Continuacion.

Levantáronse Quinto Aterio, y Marco Escauro, diciendo: ¿Y esos, que tú acusas, bastaron á profanar tantos grandes senadores, cuyo ánimo nunca temió los peligros de la verdad, ni las amenazas de los príncipes? Los malos ministros se escriben, se cuentan, se maldicen, todo para imitarlos. De los buenos nadie hace memoria, porque el bien no se aprende, y el mal se pega, de la manera que un enfermo pega el mal á veinte sanos, y mil sanos no pegaron jamás salud á un doliente. Neron ceñudo, y con los ojos en el suelo, la voz delgada y temerosa, dijo: Saber mas que el príncipe el privado y maestro, es necesario, y conveniente disimularlo con el respeto. Presumir con el príncipe esta ventaja, es delito; ¿pues qué será porfiar á convencer el criado á su señor á que sabe mas que él? Entanto que me enseñaste á mí con lo que sabias, te preferí en todo, y fué estimacion de tu prudencia mi imperio, y llegó á escándalo del mundo: luego pasaste á enseñar á todos que sabias mas que yo; cosa que debiste escusar, y aquí fué mi enojo: y quiero antes sufrir lo que padezco que privado que hace caudal de mi descrédito; y si no, díganlo todos esos príncipes; y dió voces: Ah reyes, ¿ha pasado algun privado vuestro mas adelante, en llegando á presumir en sí suficiencia, y discurso superior al vuestro? Entanto que los pueblos creen que el príncipe tiene talento, y que obra por sí, se sustenta el privado que lo persuade; mas en desembozándose la verdad, y en desmayando el engaño muere súpito todo valimiento. Decid si esto es así? y á una voz dijeron todos: No, no, ni pasará adelante de aquí á la fin del mundo; que así dejamos tomada la palabra á nuestros sucesores, y encargada esa acusacion á la envidia. ¿Qué tengo yo que ver con eso, dijo Seyano, que supe, y disimulé menos que Tiberio, y habiéndole obligado con mis servicios, me mandó adorar, me hizo estátuas, y las concedió privilegios sagrados? Fué mi nombre aclamacion del pueblo romano: mi felicidad lisonja de todo el imperio: mi salud voto de las gentes, y ruego comun: y siendo el privado de mayor dominio en el alma de su señor, este maldito y siempre abominable Tiberio me hizo prender y despedazar, siendo mérito en el furor de los amotinados traer en los chuzos algun pedazo de mi cuerpo. Con garfios me arrastraron de las quijadas por las calles; y la crueldad insana no se detuvo en la sepultura: mas allá pasó, que á mis hijos hizo morir afrentosamente; y una hija, que por el privilegio de la virginidad no podia morir justiciada, mandó que el verdugo la violase primero, y que luego la degollase. Testigos tengo de mi abono: Veleyo Paterculo encarece mi valor, mi ingenio, mi maña, y mi asistencia; y Tácito, que con la malicia se hizo bien quisto de los lectores á costa de los difuntos, tampoco me niega las alabanzas. Nadie me dijo verdad; y con ser tantos los que acababan con mi caida, nadie se dolió de mí, ni tampoco me osó enojar. Mi ruina empezó desde que quise prevenir todos los hados, quitar á la fortuna el poder, y burlar sus diligencias á la providencia de Dios. Entonces mas sacrilego que prudente, me fortalecí contra la maña de los hombres, haciendo morir los buenos, y los atentos, desterrando á los ociosos y advertidos, y provoqué por enemigo al cielo, á quien

quise escluir de mi causa. Tambien es verdad que yo me valí, y acompañé de gente ruin: del médico para los venenos: del sedicioso para la venganza: del testigo falso y del mal ministro, ventero de las leyes; mas no fué eleccion de mi voluntad, fué necesidad de mi puesto. Yo usaba de los que son siempre trastos del poder; y como sabia que en cayendo, asi me habian de faltar los malos como los buenos, usaba de los malos como de cómplices, y huia de los justos como de acusacion. Cada virtuoso para el que puede, es un dedo á la márgen, y cada entendido una espía, y un testigo en buen lenguage, que si habla, persigue, y si calla, culpa. No inventé la tiranía, ni sus malas costumbres: Tiberio las aprendió de mí; que mas las padecí aprobándolas lisongero, que en las cárceles, y el cuchillo los sentenciados. Si dicen que yo le aconsejé crueldades para quitarle el amor del pueblo, y disponer mi levantamiento, ¿quién le aconsejó las que hizo conmigo? El caso es, Pluton, que los principes tienen por disculpa de los que permiten la ruina del medio que para ello escogieron, y que nuestra culpa es ser solamente la suficiente satisfaccion de los odios nuestras muertes; y al cabo, reyes, la nota cae sobre vosotros, y vuestra inconstancia, y la lástima sobre nuestros castigos. Las historias, contando nuestras caidas, dicen siempre: Este fin tienen los que se llegan al favor de los reyes y principes; y nuestra desdicha en cada crónica es advertencia de un mal paso. Hacer á un privado poderoso y rico, es mostrar el poder: conservarle es acreditar el juicio que de él hiciste, y tu eleccion; y deshacerle es desdecirte y darte á partido con los malcontentos. Mirad, mirad lo que somos. Y volviendo, jugaban á la pelota Savareno, favorecido del emperador Leon, á quien mandó sacar los ojos, y Patricio favorecido de Diocleciano, á quien hizo pedazos. Decia Savareno, tomando la pelota: Este es el poderoso hinchado de viento. Pone el Príncipe toda su fuerza en levantarlo de un voleo, y anda en el aire, mas siempre bamboleando, y mientras le dan, dura en lo alto: en no le dando, cae; y en descuidándose, se pierde: si le dan muy recio, rebienta; y en lo alto se sustenta á puros golpes. Mas Plauciano, favorecido que fué de Severo, á quien despeñó por una ventana para que fuese espectáculo del pueblo, decia: Fui cohete, subí apriesa, y ardiendo con ruido en lo alto, me calificó por estrella la vista: duré poco, y bajé desmintiendo mis luces en humo y ceniza. Fausto, favorecido de Pirro, rey de los Epirotas; Perenne y Cleandro, favorecidos de Cómodo; Cincinato, favorecido de Britilo Emperador; Rufo, favorecido de Domiciano; y Amproniaso de Adriano, estaban oyendo la voz temerosa y venerable del gran Belisario, favorecido de Justiniano, que ciego, habiendo dado con el bordon dos golpes y meneado la cabeza en torno para prevenir silencio, dijo: ¿Es posible, príncipes, que todos vuestros validos han sido malos? Peor es en vosotros ser verdugos de los yerros de vuestra eleccion, que nuestras desgracias. Yo serví á príncipe cristiano, y justo, y que enseñó qué era justicia, y hacerla: y debiendo á mi valor el imperio, despojos, monarquía y triunfos, me hizo cegar, y me dejó pidiendo por las esquinas el sustento con los miserables; y el hombre que se oia animando los estandartes, y espantando los enemigos, y que valió por ejército apellidado, andaba por las plazas y calles pidiendo, sin saber á quién. El favor de los príncipes es azogue, cosa que no sabe sosegar, que se va entre los dedos, y que en queriendo fijarle, se va en humo: cuanto mas le subliman es mas venenoso, y de favor pasa á soliman: manoseándole se mete en los huesos; y el que mucho le comunica, y trabaja por sacarle, queda siempre temblando, y anda temblando hasta que muere, y muere de él. Siguieron luego á estas palabras quejas lastimosas, y terribles alaridos, señalando todos con ay dónde tenian el azogue del favor, y empezaron todos á temblar, que parecia familia del Almaden, mas Belisario tornó otra vez á hablar, y todos atendieron: Ved la infamia de Justiniano, que acobardados sus premios del esceso de mis méritos y servicios, me cegó, y mi virtud tan solamente me negoció la desdicha: y habiendo de dejarme, temió mi razon, y acabó conmigo; y todos vosotros lo habeis hecho de la misma suerte, y en vuestras crónicas somos manchas coloradas de vuestra reputacion. Y un afligido, que no se dió á conocer, dijo: No esteis ufanos de la miseria de los que os creen, y pueden con vosotros, que príncipes ha habido constantes, y privados firmes: esto es echaros el agraz en el ojo. Joseph en las Sagradas Letras, Eleázaro conde y príncipe, fué privado de Roberto rey de Francia, y ni tropezó, ni resbaló, ni cayó, ni otros muchos, cuya alabanza vivió igual hasta su fin; cuyo aplauso no descaeció, cuya dicha nunca la enfermaron los envidiosos, vivos, y muertos; y escritos fueran exaltacion de sus reyes, como nosotros acusacion, escándalo y queja. (*Se continuará.*)

ROMANCE.

ESCRITO EN LA ACADEMIA A UN HOMBRE MUY VIEJO QUE GALANTEABA UNA NIÑA.

Un viejo es mi asunto, Musa,
verso á toda broza caiga,
porque para casas viejas
sobran coplas telarañas.
Es el señor don Vejecio
una edad de mas de marca,
grande guarismo de dias,
taravilla de semanas.
Es un ras en ras de siglos,
empujon de vida, y tanta,
que presumo que le ha hecho
á la muerte alguna trampa.
Es un archivo de años,
y con este el de Simancas
nació ayer, y con él tiene
la leche en los labios Sarra.
Arrópese Nestorillo,
si con su edad se compara,
no vivió para con este
sus orejas llenas de agua.
El Fenix es un cuitado
con toda su vida larga,
porque estotro dos mil años
se vive de una asentada.
A vivir que vivirás,
apuesta con las desgracias
del hombre mas infeliz,
siempre de eternas preciadas.
Con Matusalen no apuesta!
que es vividor de nonada,
y á treinta Matusalenes
les da siglos de ventaja.
Que el otro muera ó no muera,
no se le da cuatro blancas;
á pierna tendida vive,
como otro duerme en su cama.
El se vive, y no hay mas cuenta,
y sin mas, ni mas se traga
muchas muertes que le embisten
como quien no dice nada.
Ya le ha dejado la muerte
de su mano de cansada;
él vive ya á rienda suelta,
y á banderas desplegadas.
La peste es un papasal,
no hay polvos que con él valgan,
ármese España del viejo
contra la peste que aguarda.
Pues tanto vive este viejo,
si á tanto su vida pasa,
que con él me entierren digo.
¡Ay de quien su herencia aguarda!
A boca dicen que vive
de cántaro cuantos trata,
él tiene necios por vida,
él tiene suegras por alma.
Erre, erre es de la vida,
teson desta vida humana,
tigeretas del vivir,
vida en el vivir reacia.
Esta escepcion de la muerte,
esta vida diptongada,
este que con las valonas
aun porfia en calzas altas,
Este pues, por sus pecados
quiere á una niña de plata
destas de cotilla de oro,
y de tabí las enaguas.
Don Tarquino con la niña
dándose estan de las astas,
ella porque no ha de entrar,
y él por entrar en su casa.
Mas él, sesudo en su amor,
entre decrépitas ansias,
la dice canos requiebros
y ternuras arrugadas.

¡O andrajo ya de la vida!
si á quien vé tu faz honrada
le amagas de cimenterio
se la juras de mortaja,
¿Cómo á Lisarda enamoras,
si esqueletamente hablas?
si la acuerdas de la muerte,
¿cómo ha de pecar Lisarda?
¿Con qué requiebro imaginas
galantear, que llamarla
tu vida, es pronosticar
que se ha de morir mañana?
Pues tu hija es disparate
que su juventud agravias,
porque ha mas de ochenta y nueve
que no pudiste engendrarla:
Pues tu alma, ya se sabe
que tiene sarro tu alma,
y que tiene mas orin
que de un fidalgo la lanza.
¿Por qué, y por qué ha de ponerse
tú por tú con una dama
un viejo, que en los efetos
es buscar pueblos en Francia.
Lisarda, desde hoy estás
á ser honesta obligada,
que este viejo en perseguirte
te ha tratado de Susana.
Pues fué casta, sólo tú,
y será una cosa rara,
que quien casta hacer no puede,
te venga á hacer á ti casta.
Con esto no digo mas.
si el verso está inculto, vaya,
que en roperías de viejo
no se pueden hallar galas.

S. J. Polo de Medina.

CARTA

QUE AL REVERENDÍSIMO PADRE REBRERA, CORONISTA DE ARAGON, ESCRIBIÓ DESDE SU CUARTEL DON EUGENIO GERARDO LOBO, CAPITAN DE CABALLOS DEL REGIMIENTO VIEJO DE GRANADA.

Yo aquel capitan Gerardo,
de cuya infeliz historia
no tendrá el mundo memoria,
aunque tome el Anacardo:
que en el mas noble gallardo
concurso particular,
llegando á sacrificar
el respecto, y el temor,
gasté tal vez buen humor
que es cuanto pude gastar.
Yo aquel, que dí con los pliegos
de perdidos borradores,
vendimia á los impresores,
y mayorazgo á los ciegos:
gracias á un millon de legos,
que á los mios añadió
cuantos errores soñó:
estando de suerte ya,
que no los conocerá
la Musa que los parió.
A ti ¡ó padre! á quien celebro
por grande, por uno solo,
por mayorazgo de Apolo,
y por dulce honor del Ebro:
por regalo este requiebro
envio, y porque la fuerte
tenacidad de mi suerte
quede en algo divertida,
quiero contarte mi vida,
para que sepas mi muerte.
Despues que desgracia esquiva
me arrojó, donde pudieran,
si mil pródigos vinieran,
engordar su comitiva:
contra mi la ardiente estiva
rabia del can apresura
á el aire con peste impura,
la tierra con tabardillo,
al fuego con garrotillo,
y al agua con calentura.
Tan incomparable ardor
estas mansiones perciben,
que pienso, que se conciben,
en la fragua de mi amor:
dice la vida, en sudor
que se le enciende la casa,
el polvo al instante pasa
á restrañar las fluxiones,
y se meten las facciones
entre fundas de argamasa.
El Adonis mas bizarro
envuelve su perfeccion
en túnicas de carbon,
con sus pespuntes de barro:
pienso, que al delfico carro
le rige otra vez, y altera
la vanidad altanera
de algun faeton desvarío,
pues lo que en Libia es estío,
se llama aquí primavera.
Siempre música me dan,
con alternacion bizarra,
por de dia la cigarra,

por de noche el alacran:
si busca el sediento afan
de agua dulce alguna seña,
supia bebe, y si se empeña
en procurar refrescarla,
es menester arrimarla
al chiste de una estremeña.

Como son de tosca, y dura
calidad los alimentos,
tambien los entendimientos
se han convertido en grosura:
aqui murió la lectura
de Homero sobre su Aquiles,
pues los genios mas sutiles
solo con frases sencillas
en tomos de algarróbillas
van comentando perniles.

Yo en Berlanga, lugar chico,
á soledad me condeno,
que, sin duda, no soy bueno,
pues que no me comunico:
á desenlazar me aplico
del mundo tiranas redes,
cuyas falibles mercedes,
porque al desempeño apoyen,
como me han dicho que oyen,
se las digo á las paredes.

Las mugeres que he mirado,
de las pieles que trasquilan
todas los bellones hilan,
pero ninguna delgado:
por el gesto, y por el grado,
negras parcas las supongo;
y así si á hablarlas me pongo
la retórica trabuco
en frases de Calambuco,
y metáforas de Congo.

(*Se continuará.*)

Romance.

CONFESION QUE HACEN LOS MANTOS DE SUS CULPAS EN LA PREMATICA DE NO TAPARSE LAS MUGERES.

Allá vàn nuestros delitos,
le dijeron al Destapo
de la Premática nueva
unos pecadores Mantos.

A la muerte estamos todos
muy cerca de condenarnos,
porque ya el mundo y la carne
nos deja en poder del diablo.

Quiebra al mismo los dos ojos
quien el medio ojo ha quitado
en el Attolite caras
á sus infernales trastos.

Desenváinanse las viejas,
y desnúdase lo rancio,
las narices con juanetes,
las barbillas con zancajos.

La frente planta de pie,
lo carroño confitado,
las bocas de oreja á oreja,
y vueltos chirlos los labios.

Empezó un Manto de gloria,
vidriera de tasajos,
que afeitados, con el lustre
disimulaba lo magro.

Soy pecador transparente,
dijo, que truje arrastrando
un año tras una tuerta
á un caballero don Pablos.

Discreteando á lo feo,
y desnudando á lo Caco,
un tirador de ballesta
descubrí brujuleando.

Carátula de una bizca
desmentí dos ojos zambos,
y en sus niñas vizcainas
el vascuence de sus rayos.

Adargué cara frisona
con una nariz de ganchos,
que á todos los doce tribus
los dejó romos y bracos:

A cuyas ventanas siempre
hace terrero el catarro:
nariz que con un martillo
puede amenazar un paso.

Tras esta alquitára rubia
truje á don Cosme penando:
hallóse con un sayon
para premio de sus gastos.

El que segundo llegó
un Manto fué de Burato,
malhechor de madrugones,
y antipara de pecados.

Un siglo ha bien hecho, dijo
que á los maridillos blandos,
que llaman de buena masa,
sus mugeres les ojaldro.

Por mí topando un celoso
su muger en otro barrio,
quiso acompañarla en casa

del propio que iba buscando.
A maridos estantiguas
he dado mugeres trasgos:
soy trasponedor de cuerpos,
soy tragantona de honrados.
He sido trampa de vistas,
y cataratas de Argos,
rebozo de travesuras,
y masicoral de agravios.
Tambien yo digo mi culpa,
dijo Mantillo mulato
de Humo, pues soy infierno,
y encubro llamas y diablos:
Fullerito de faciones,
que las retiro y las saco,
y muestro como unos oros
á quien es como unos bastos.
A quien amago con sota,
doy coces con un caballo:
copas doy á los valientes,
y espadas á los borrachos:
Una cara virolenta,
hecha con sacabocados,
un rostro de salvadera,
un testuz desempedrado;
Hice tragar á un don Lucas
por de hermosura milagro,
hasta que con un descuido
vió con guedejas un rallo.
Daba tarazon con ojo,
miraba de guardamano:
mostraba con soportal
la niña güera (1) á lo zaino.
Enormes son mis ofensas,
y los delitos que traigo,
dijo un Manto de Sevilla,
ceceoso y arriscado.
He rebujado una vieja
sin principio, ni sin cabo,
eternamente cecina,
y momia, siendo pescado.
Entre dos yemas de dedos,
con que la tapaba á ratos,
escondí, sin que se viesen,
mucha caterva de antaños.
De condenadas gran turba,
si fuera la edad pecado;
porque no la confesáran,
muriéndose, al Padre Santo.
Un manto de lana y seda,
lleno de manchas y rasgos,
contrito y arrepentido
dijo delitos estraños.

(1) Del ojo.

Tapé á una muger gran tiempo
en su rostro boticario,
por megillas y por frente,
polvos, cerillas y emplastos.
Con poco temor de Dios
pecaba en pastel de á cuatro,
pues vendí en trage de carne,
huesos, moscas, vaca y caldo.
A otras mas negras que entierro,
embelecaba de blanco,
siendo cuando descubiertas
requesones fondo en grajo.
He sido alcahuete infiel,
pues he traido nefando
tras Soliman, siendo moro,
gran número de cristianos.
El Destapo los oyó,
y en tan sacrílegos casos
les condenó á la vergüenza
de apodos y de silvatos.
Que vivan de par en par,
que sirvan de claro en claro,
y que los rostros en cueros
parezcan á ser juzgados.
Nadie se tape, busconas;
que habrá para remediarlo
al primer tapon zurrapas
de alguaciles y escribanos.

F. DE QUEVEDO.

LA GATOMAQUIA.

Poema burlesco de

D. FELIX LOPE DE VEGA.

Silva primera.

(CONTINUACION.)

En tanto que pasaban estas cosas,
y el gato en sus amores discurria,
con ansias amorosas,
(porque no hay alma tan helada y fria
que amor no agarre, prenda y engarrafe)
y el mas alto tejado enternecia,
aunque fuesen las tejas de Getafe,
y ella con ñifi, ñafe,
se defendia con semblante airado;
aquel de cielo y tierra mostro alado,
que vestido de lenguas y de ojos,
ya decrépito viejo con antojos,

ya lince penetrante,
por los tres elementos se pasea
sin que nadie le vea;
con la forma elegante
de Zapaquilda discurrió ligero
uno y otro hemisfero,
aunque con las verdades lisongera,
y en cuanto baña en la terrestre esfera,
sin escepcion de promontorio alguno,
el cerúleo Neptuno,
plasmante universal de toda fuente,
desde Bootes á la austral corona,
y de la zona frígida á la ardiente.
Esto dijo la fama que pregona
el bien y el mal, y en viendo su retrato
se erizó todo gato,
y dispuso venir con esperanza
del galardon que un fino amor alcanza.
Los que vinieron por la tierra en postas,
trujeron por llegar á la ligera
solo plumas y banda, calza y cuera:
los que habitaban de la mar las costas,
(tanto pueden de amor dulces empresas)
vinieron en artesas,
mas no por eso menos
hasta la cola de riquezas llenos;
y otros por bizarría,
para mostrar despues la gallardía
en cofres y baules,
sulcando las azules
montañas de Anfitrite,
y alguno que á disfraces se remite,
por no ser conocido,
en una caja de orinal metido.
Con esto en muchos siglos no fué vista,
como en esta conquista,
tanta de gatos multitud famosa
por Zapaquilda hermosa.
Apenas hubo teja, ó chimenea
sin gato enamorado,
de bodoque tal vez precipitado,
como Calisto fué por Melibea;
ni raton parecia,
ni el balbuciente hocico permitia
que del nido saliese,
ni queso, ni papel se agujereaba
por costumbre, ó por hambre que tuviese;
ni poeta por todo el universo
se lamentó que le royesen verso;
ni gorrion saltaba,
ni verde lagartija
salia de la cóncava rendija.
Por otra parte el daño compensaba,
que de tanto gatazo resultaba,
pues no estaba segura
en sábado morcilla, ni asadura,
ni panza, ni cuajar, ni aun en lo sumo
de la alta chimenea
la longaniza al humo,
por imposible que alcanzarla sea,
exento en la porfia á la esperanza,
que todo cuanto mira, tanto alcanza.
Entre esta generosa ilustre gente
vino un gato valiente;
de hocico agudo, y de narices romo,
blanco de pecho y pies, negro de lomo,
que Micifuf tenia
por nombre; en gala, cola, y gallardía,
célebre en toda parte
por un Zapinarciso y Gatimarte.
Este luego que vió la bella gata
mas reluciente que fregada plata,
tan perdido quedó, que noche y dia
paseaba el tejado en que vivia,
con pages y lacayos de librea,
que nunca sirve mal quien bien desea:
y sucedióle bien pues luego quiso,
¡ó gata ingrata! á Micifuf-Narciso,
dando á Marramaquiz celos y enojos;
no sé por cuál razon puso los ojos
en Micifuf, quitándole al primero
con súbita mudanza,
el antiguo favor y la esperanza.
¡O cuánto puede un gato forastero,
y mas siendo galan y bien hablado,
de pelo rizo y garvo ensortijado!
Siempre las novedades son gustosas,
no hay que fiar de gatas melindrosas.
¡Quién pensára que fuera tan mudable
Zapaquilda cruel é inexorable,
y que al galan Marramaquiz dejára
por un gato que vió de buena cara,
despues de haberle dado
un pié de puerco hurtado,
pedazos de tocino y de salchichas?
¡O cuán poco en las dichas
está firme el amor y la fortuna!
¿En qué muger habrá firmeza alguna?
¿Quién tendrá confianza,
si quien dijo muger, dijo mudanza?
Marramaquiz con ansias y desvelos
vino á enfermar de celos,
porque ninguna cosa le alegraba.
Finalmente Merlin que le curaba,
gato de cuyas canas nombre y ciencia
era notoria á todos la esperiencia,
mandó que se sangrase,
y como no bastase,
vino á verle su dama,
aunque tenia en un desvan la cama,

á donde la carroza no podia
subir por alta y por estrecha via:
pero en fin apeada
entró de su escudero acompañada.
Mirándose los dos severamente,
despues de sosegado el accidente,
él con maullo habló, ella con mirlo,
que fuera harto mejor pegarla un chirlo.
Pero por alegrarle la sangría,
le trajo su criada Bufalía
una pata de ganso y dos hostiones.
El se quejó con tímidas razones
en su lenguage mizo,
á que ella con vergüenza satisfizo.
Quejas, que traducidas de él y de ella
así decian: «Zapaquilda bella,
¿por qué me dejas tan injustamente?
¿Es Micifuf mas sabio, mas valiente,
tiene mas ligereza, mejor cola?
¿No sabes que te quise elegir sola
entre cuantas se precian de mirladas,
de bien vestidas y de bien tocadas?
¿Esto merece que un invierno helado,
de tejado en tejado
me hallase el alba al madrugar el dia,
con espada, broquel y bizarría,
mas cubierto de escarcha,
que soldado español que en Flandes marcha
con arcabuz y frascos?
Si no te he dado telas y damascos,
es porque tú no quieres vestir galas
sobre las naturales martingalas,
por no ofender, ingrata, á tu belleza
las naguas que te dió naturaleza.
Pero en lo que es regalos, ¿quién ha sido
mas cuidadoso, como tú lo sabes?
En cuanto en las cocinas atrevido
pude garrafiñar de peces y aves?
¿Qué pastel no te truje, qué salchicha?
¡O terrible desdicha!
Pues no soy yo tan feo
que ayer me ví, mas no como me veo,
en un caldero de agua, que de un pozo
sacó para regar mi casa un mozo,
y dije: ¿Esto desprecia Zapaquilda?
¡O celos, ó impiedad, ó amor reñilda!»
No suele desmayarse al sol ardiente
la flor del mismo nombre, la arrogante
cerviz bajar humilde, que la gente
por la loca altitud llamó gigante;
ni queda el tierno infante
mas cansado despues de haber llorado
de su madre en el pecho regalado,
que el amante quedó sin alma. ¡O cielos,
qué dulce cosa amor, qué amarga celos!
Ella como le vió que ya exhalaba
blandamente el espíritu en suspiros,
y que piramizaba
entre dulces de amor fingidos tiros,
para que no se rompa vena ó fibra,
el mosqueador de las ausencias vibra:
pasándole dos veces por su cara.
Volvióle en sí, que aquel favor bastára
para libralle de la muerte dura,
y luego con melífera blandura
le dijo en lengua culta:
«Si tu amor dificulta
el que me debes, en tu agravio piensas
tan injustas ofensas,
que aunque es verdad que Micifuf me quiere
y dice á todos que por mí se muere,
yo te guardo la fé como tu esposa.»
Cesó con esto Zapaquilda hermosa.
Sellando honesta las dos rosas bellas,
que siempre hablaron poco las doncellas,
que como las viudas y casadas
no están en el amor ejercitadas.
Bajaba ya la noche,
y las ruedas del coche
tachonadas de estrellas,
brilladores diamantes y centellas
detras de las montañas resonaban:
los pájaros callaban,
dejando el campo yermo,
cuando los pages del galan enfermo
en el alto desvan hachas metian,
que á alumbrar la carroza prevenian.
Entonces los amantes,
(que son los cumplimientos importantes)
ella por irse, y él quedarse á solas,
se hicieron reverencia con las colas.

(*Se continuará.*)

Este tesoro de nuestra literatura antigua, se publica bajo la direccion de D. Wenceslao Ayguals de Izco, con el mismo lujo tipográfico, profusion de caricaturas grabadas por los mejores artistas y en las mismas dimensiones que La Risa. Salen dos entregas cada mes. Se suscribe al cómodo precio de 12 reales por trimestre y 10 para los suscritores á La Risa ó á cualquiera de las demas obras de la *Sociedad Literaria*. Con la entrega 7.ª se repartió el retrato de Quevedo perfectamente litografiado.

MADRID: 1844.
Imprenta de la Sociedad Literaria.—Wenceslao Ayguals de Izco.